

Esa eterna desconocida: la voluntad de Dios

José A. GARCÍA, SJ*

Dos cuestiones previas para comenzar. La primera podría expresarse así: ¿Qué conjunto de símbolos, de representaciones mentales y sensoriales surgen en nosotros asociados a la expresión «*voluntad de Dios*»? Pronunciamos o simplemente pensamos esa palabra, y automáticamente se suscita un mundo simbólico en torno a ella... ¿Cómo es ese imaginario? ¿Qué datos acentúa y cuáles calla? Seguro que no serán los mismos para todos. Dependiendo de las imágenes de Dios que calaron en nosotros desde la infancia, de la educación religiosa que recibimos y de nuestra propia psicología, ese mundo simbólico será distinto en unos y otros casos.

Por poner dos casos extremos: ese imaginario podría sugerir una especie de camino ya hecho y determinado por Dios, que nos viene encima como un bloque de hormigón armado y ante el cual no cabe más salida que aceptarlo o huir de él; o podría, por el contrario, parecerse a una oferta de salvación que Dios dirige a nuestra libertad, a la vez que se compromete a secundarla. La diferencia entre uno y otro imaginario es, como se ve, muy grande, y también lo serán los efectos que imprima en nuestra relación con Dios y en eso que llamamos su «voluntad sobre nosotros».

Que las cosas sean así no debería escandalizarnos ni echarnos para atrás fácilmente. Es cierto que tales imaginarios ejercen en nosotros

* Jesuita, director de la revista *Manresa*. Madrid. <jagarcia@jesuitas.es>.

una influencia que va más allá de nuestra voluntad, pero también lo es que, cuando nos hacemos conscientes de su presencia e influjo, podemos modularlos e incluso transformarlos en otros más acordes con el significado evangélico de la «voluntad de Dios». Imágenes alternativas que alienten y sostengan ese cambio no nos faltarán, comenzando por la del propio Jesús. Siempre podremos exponernos a que su propio imaginario en este tema transforme el nuestro. «Tu imagen sobre mí me cambiará», suplicaba el P. Arrupe.

La segunda cuestión, también de amplio calado, es la siguiente: con respecto a Dios, es más lo que no sabemos que lo que sabemos, y esto vale de un modo especial referido al tema de su voluntad. A Dios no lo «sabe» nadie, nadie ha sido su consejero. A ningún ser humano le ha sido dado conocer en detalle sus planes. ¿Tampoco a Jesús? Tampoco. Por eso –hombre como era, a la vez que Hijo de Dios– Jesús hubo de pasar por la prueba de la tentación, el desconcierto y la ausencia... Es cierto que Jesús es para nosotros revelador de Dios, pero con un tipo de desvelamiento sacramental que, a la vez que lo descubre, lo oculta.

Al abordar, pues, el tema de la voluntad de Dios, lo primero que debemos hacer es quitarnos las sandalias, porque pisamos tierra sagrada: Dios mismo en cuanto Misterio inabarcable e inefable (indecible) para el hombre. Esta actitud de entrada nos ayudará, por otra parte, a no hablar demasiado fácilmente sobre un tema tan íntimo a Dios como es su voluntad.

1. A modo de trasfondo: Jesús y «la voluntad de Dios»

¡Atención! No acudimos al «caso Jesús» para zanjar el problema nada más plantearlo. No sería honesto. Lo único que intentamos es pensar el tema de la voluntad de Dios, en cuanto problema nuestro, ante Jesús y con él; ante su modo de vivirlo y también de sufrirlo. Porque, siendo Cristo para nosotros *el hombre que venía de Dios* (Joseph Moingt), es decir, el auténtico revelador de Dios en su ser de hombre, tampoco tendríamos por qué plantearnos la pregunta por la voluntad de Dios a espaldas suyas. Ni tendríamos por qué hacerlo ni queremos hacerlo. Así pues, ¿cómo entendió, vivió y experimentó Jesús la voluntad de Dios en su propia vida?

De un modo sintético, ya que solo buscamos por ahora un telón de fondo sobre el que hacemos la pregunta, podríamos afirmar lo siguiente:

1.1. Buscar y hacer la voluntad de su Padre fue siempre la auténtica pasión de Jesús, su Deseo unificador y centrante, su alimento. Así lo expresan repetidamente los Evangelios, sobre todo el de Juan: «Yo no he venido al mundo para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió» (Jn 6,38); «mi manjar es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4,34); «yo no busco hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 5,30); etc. Por otra parte, hacer la voluntad de su Padre será para Jesús el dato clave que nos identifique con él y nos introduzca en el Reino, más allá de cualesquiera lazos de carne y sangre (Mc 3,35) e incluso más allá de haberlo invocado como Señor por las plazas o de haber comido y bebido con él (Mt 7,21). Las citas serían innumerables, hasta el punto de que, privados de tales referencias, los Evangelios quedarían irreconocibles.

¿De dónde le viene a Jesús esta Pasión, este Deseo tan invasor? Para el hombre bíblico, y muy especialmente en el caso de los profetas, lo que nos constituye como humanos no nos viene dado por definiciones previas de la esencia del hombre. El hombre es «lo que está llamado a ser de parte de Dios» (Jr 1,5-10; Is 6,6-8). No posee una esencia previa o diferenciada de la llamada de Dios, de su voluntad concreta sobre él. En palabras de Paul Ricoeur, el yo de los profetas es un «soi mandaté», un «soi convoqué» (un yo «mandado», «convocado»)¹.

Pues bien, esto, que estaba ya muy claro en las vocaciones proféticas del AT, se hace más patente aún e invasor en el caso de Jesús. Jesús no se auto-comprende desde sí mismo, sino desde quien lo envía; no hace lo que se le ocurre, sino lo que ve hacer a su Padre; no quiere ser «dueño» de su destino, sino que acoge y acepta el que le viene de Dios. Si ha existido en la historia un hombre absolutamente *teónomo*, es decir, radicado en Dios, llamado, alentado e inspirado por Él, ése ha sido Jesús.

1. Cf. Paul RICOEUR, «Le sujet convoqué. À l'école des récits de vocation prophétique»: *Revue de l'Institut Catholique de Paris* (octubre-diciembre 1988), 88ss. Ver también, del mismo autor, *Amour et justice*, Éditions Points, Paris 2008, cap. III: «Le soi mandaté».

«El Padre y yo somos uno» (Jn 10,30). Jesús vive de la voluntad de Dios porque está totalmente identificado con él, porque es uno con él.

Y, por otra parte, ¿no fue Jesús, al mismo tiempo que uno con Dios, el hombre de una *asombrosa libertad* para bien del mundo: libre de sí mismo y de su familia; libre ante la cultura, los poderes y la religión de su tiempo, y todo ello en nombre precisamente de Dios y de su voluntad salvífica?

¿Será, entonces, que *venir de Dios* y existir en comunión amorosa y obediente junto a él haciendo nuestro su Deseo, lejos de alienarnos de nuestro ser humano, lo lleva a su máxima realización? Ciertamente, así sucedió en Jesús.

1.2. Para Jesús, Dios fue siempre y al mismo tiempo Padre accesible y Dios libre (W. Brüggemann). Padre accesible en quien se puede confiar. Dios libre, porque, aun siendo así, se trata de Alguien que nos trasciende infinitamente.

Ahí están para confirmar lo primero –que Dios es Padre accesible– las parábolas de la misericordia (Lc 15) y la insistente invitación de Jesús a la confianza, a no tener miedo, al abandono sin límites en la providencia y el amor de Dios (Mt 6,25-34 y par.; 8,23-27 y par.; 11,28-30; etc.). Ahí están también los pasajes de las Tentaciones, el Huerto y la Cruz, en los que Jesús ha de pasar por la prueba de un Dios «mayor que él», libre e inmanipulable, para caer en la cuenta de la hondura y el dramatismo de lo segundo –que Dios es libre.

1.3. En lo tocante a los «medios concretos del Reino» la voluntad de Dios no fue para Jesús algo automáticamente sabido o dado, sino objeto de su propia búsqueda y discernimiento. Jesús tuvo una autoconciencia luminosa de sí en cuanto Enviado por su Padre para instaurar el Reinado de Dios, pero no de los medios concretos para lograrlo. De ahí que Jesús tenga que discernir esa voluntad a través de la oración y de la atención a lo que va sucediendo en su vida; de ahí sus tanteos apostólicos, sus entradas y salidas de escena; de ahí también la presencia de la tentación en su vida, una tentación que nunca versa sobre fines, sino justamente sobre los medios para alcanzar el fin, es decir, el reinado de Dios.

Hasta aquí, pues, el «caso Jesús» como trasfondo modélico de nuestra pregunta por el significado y alcance de la voluntad de Dios en

nuestras vidas. Le guste o no a nuestro innato narcisismo, no aprendemos lo que pueda ser para nosotros «la voluntad de Dios» (ni eso, ni nada) en un espacio vacío, sino en un contexto, es decir, ante algo o ante alguien: una persona, una cultura, etc., que están ahí, que nos circundan por fuera y nos modelan por dentro. Y, siendo esto necesariamente así, ¿qué mejor Referente podríamos encontrar que Jesucristo?

2. Solo Dios conoce a Dios

¿Cómo podría ser de otra manera? Ese Dios en quien nos movemos, existimos y somos; que da la vida a los muertos y llama a la existencia a lo que no existe; que es desde siempre y para siempre... nunca podría ser abarcable por nuestra inteligencia o nuestro deseo; siempre será para nosotros Misterio. Es cierto que en el interior de la fe, y gracias a la revelación que de él nos hizo Jesucristo, hemos llegado a conocerlo como Padre, como amor y compasión incondicionales, como futuro del hombre, etc.; pero, incluso así, ¿qué significan esos conceptos humanos cuando no es al hombre a quien se aplican, sino a Dios? El misterio se atenúa, pero sigue estando ahí, no desaparece

Que *solo Dios conoce a Dios* es lo que dice Pablo a la comunidad de Corinto. Pablo se siente regalado con una sabiduría que no le viene de este mundo, sino del Espíritu; una sabiduría que supera toda percepción humana (1 Co 2,9-10a) y que le ha sido dada por revelación de Cristo; una sabiduría real pero misteriosa, cuya plenitud solo Dios posee: «Solo el Espíritu de Dios conoce las cosas de Dios» (1 Co 2,11b).

Lo mismo sucede en el conocido desenlace del libro de Job. En su pelea con Dios, Job rechaza indignado la interpretación de sus tres amigos con respecto a su tragedia personal, interpretación que también Dios desautoriza. Pero caerá de bruces cuando, en los bellísimos capítulos 38 y 39, Dios mismo se encare con él, apelando a su inabarcable Misterio: «¿Dónde estabas tú cuando fundaba yo la tierra? Indícalo, si sabes la verdad...». Es entonces cuando Job se rinde definitivamente ante Dios: «Antes te conocía solo de oídas; ahora te han visto mis ojos (Job 42,5).

¡Curiosa y desconcertante confesión la de Job! ¿Qué han visto en realidad sus ojos? ¿Tal vez a Dios mismo? No. Lo que han «visto» es su misterio, su esencial in-comprensibilidad por parte del hombre, la

insensatez en que ha caído él mismo al querer explicarse a Dios. La confesión de Job termina en adoración y en confianza, porque ese Dios, inabarcable para él y misterioso, es santo.

Pero entonces, si las cosas de Dios son así, ¿qué podemos saber de Él y de su voluntad sobre nosotros? ¿Solo su misterio, es decir, nada?

Me siento identificado a este respecto con la afirmación del jesuita W.J. O'Malley en su reciente librito *¿Creer hoy?:* «Con demasiada frecuencia la gente describe la fe como “un salto en el vacío”, lo cual es una pura estupidez. Darle diez mil dólares a un individuo que llama a tu puerta ofreciéndote una parcela edificable en Florida sí es un salto en el vacío. Casarte con la hermana de tu compañero de habitación en la universidad sin siquiera haberla visto una sola vez sí es un salto en el vacío». El acto de creer se parece más, prosigue el autor, a una *certeza moral* que excluye todo temor razonable, o a lo que el cardinal Newman llamaba *inferencia informal*: «la convergencia acumulativa de muchos fragmentos de experiencia que genera conclusiones dignas de confianza»².

Entre esas dos afirmaciones polares se sitúa justamente nuestra pregunta por la voluntad de Dios: en un polo está la afirmación de que Dios es para nosotros Misterio inabarcable e inefable; en el otro, que contamos con muchos fragmentos de experiencia que generan conclusiones dignas de confianza. Avancemos por pasos, de lo que es más evidente a lo que lo es menos.

2.1. La primera voluntad de Dios, su Deseo primero, es la salvación de todo lo que él ha creado y crea. «Tú, Señor, amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho; si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado. ¿Y cómo subsistirían las cosas si tú no las hubieras querido? ¿Cómo conservarían su existencia si tú no las hubieras llamado»? (Sab 11,24-25). Así piensa el Libro de la Sabiduría.

En esa misma óptica se sitúa Jesús cuando, invitándonos a confiar en Dios y a no vivir angustiados, nos habla de los lirios del campo y los pájaros del cielo como criaturas de cuyas vidas Dios mismo cuida (Lc 12,22-32 y par.). Y mucho más cuando se acerca a los pobres, enfermos

2. William J.O'MALLEY, SJ, *¿Creer hoy? Asentar la fe sobre roca firme*, Sal Terrae, Santander 2009, pp. 18-19, 31.

y pecadores, todos ellos excluidos del amor y la convivencia humana, y en nombre de Dios los cura e integra en la comunión humana.

Pienso que, antes de hablar de otras formas o manifestaciones de la voluntad de Dios, tendríamos que hablar de ésta: que lo que Dios quiere, ante todo, es la «vida lograda» de todo aquello que él ama y, por amarlo, lo crea. Para que nuestro imaginario en torno al concepto «voluntad de Dios» no nos extravíe, tendríamos que ex-ponernos una y mil veces a éste su primer significado.

2.2. Cercano al sentido anterior, y como derivado de él, la voluntad de Dios está vinculada igualmente a nuestra implicación en la instauración de ese Reino de Dios como reino de inclusión. No se trata aquí de ningún imperativo categórico que fuerce esa implicación; en tal caso, no estaríamos hablando del deseo de Dios, sino de un deber «nuestro». Se trata más bien de algo que surge en nosotros como fruto de un acto contemplativo: ver el mundo entero y a nosotros en él como criaturas surgidas del amor de Dios. Al entrar en esa contemplación, sentimos que es imposible vernos surgiendo del amor de Dios sin alabar y cantar a Dios por ello y sin ofrecernos enteramente al servicio de su Sueño sobre el mundo.

La oración de Ignacio de Loyola al final de los *Ejercicios*, «Tomad, Señor, y recibid...», pone en palabras esta misma dinámica de una admiración y agradecimiento tales que inducen en el ejercitante un ofrecimiento total a Dios. Su fuerza interna no le viene de ningún «código ético», por excelso que pudiera ser. Le viene más bien de un «código relacional» –tanto amor recibido– que pone en marcha una entrega así de total.

Así pues, ser *instrumentos en sus manos*, co-laboradores de Cristo en su misión, forma parte de lo que Dios quiere y espera de nosotros, de su voluntad.

2.3. Cuáles hayan de ser las mediaciones «concretas» de esa colaboración nuestra con Dios no nos es dado sin más; necesitamos discernirlo. Nuestro caso no es distinto del de Jesús. Si para él no fue evidente cuál de las distintas y posibles mediaciones del Reino era la más apropiada, tampoco lo será para nosotros. Más aún, si él fue tentado en ese terreno, también lo seremos nosotros. Y si llegó hasta el extremo de sudar sangre por su fidelidad a Dios, en contra de su deseo natural

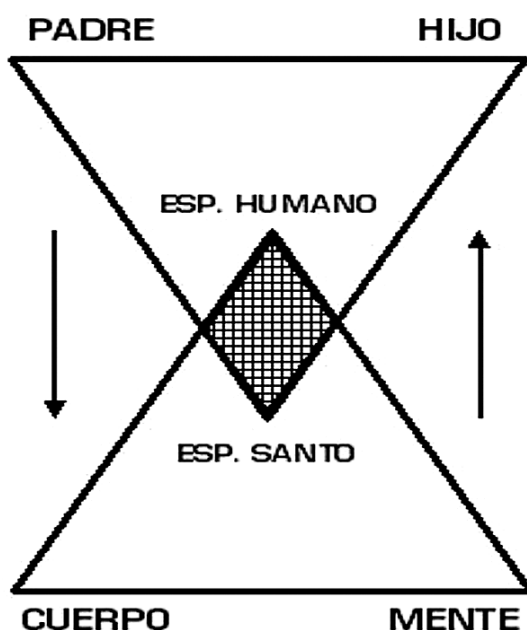
de no pasar por la cruz, también se acercará a nosotros algún tipo de sufrimiento nacido de esa misma fidelidad.

Así pues, en el campo de las mediaciones del Reino, Dios nos remite al *discernimiento*, lo cual no significa en absoluto que nos deje solos en esa búsqueda. No podemos entrar a fondo en este tema, objeto de otro artículo de este mismo número³; pero si algo queda claro en el discernimiento cristiano, es que se trata de una búsqueda de la voluntad concreta de Dios, hecha ante él y con él. Solo Dios conoce a Dios, solo Dios habla bien de Dios. Y, por tanto, solo en contacto con su Espíritu podemos barruntar su voluntad.

El paso siguiente parece, pues, obligado: ¿cómo sucede ese «contacto» con el Espíritu divino que hace posible «que Dios nos hable sobre Dios»?

3. El Espíritu de Dios y nuestro espíritu: mutua interacción

Para comprender mejor esta interacción entre el Espíritu de Dios y nuestro espíritu tal vez pueda ayudarnos el gráfico adjunto y una ligera aclaración del mismo⁴. En él aparecen dos triángulos: el superior, que simboliza a Dios trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo), y el inferior, que simboliza al ser humano (Cuerpo, Mente y Espíritu).



que simboliza a Dios trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo), y el inferior, que simboliza al ser humano (Cuerpo, Mente y Espíritu). La interacción sucedería del modo siguiente:

a) *La iniciativa la toma Dios* (flecha descendente), no el hombre. Ese Dios Trinidad, a través del Espíritu Santo que envían el Padre y el Hijo, penetra en el espíritu humano creando en nosotros una «zona invadida» (sombreado) mayor o menor, según sea nuestra disposición para recibirlo y dejarnos transformar por Él.

3. Ver, entre otros, en este mismo número de *Sal Terrae*, el artículo de Urbano Valero, «Discernir para decidir en la Vida Religiosa».

4. Guardo en la memoria desde hace muchos años este esquema, pero, desgraciadamente, he olvidado de quién lo tomé. Lo siento.

b) Esa zona invadida constituye el espacio «habitado» por Dios en nosotros, el lugar donde el Espíritu de Dios se comunica con nuestro espíritu. Es el lugar de la escucha. En el gráfico queda también claro que otras zonas de nuestro yo no han sido alcanzadas todavía por el Espíritu de Dios y que, por tanto, reaccionarán a su aire, no necesariamente al Aire de Jesús ni del Padre.

c) La respuesta del hombre es «acto segundo» con respecto a la acción de Dios. Nace del sentir y gustar esa Presencia real y esa acción de Dios en nosotros. Es una respuesta totalmente nuestra, pero a la vez totalmente de Dios, porque nace en el seno de una autocomunicación gratuita de Dios y del agradecimiento «por tanto bien recibido».

d) En esa zona invadida se produce la captación espiritual no solo del Amor de Dios, sino también de su voluntad sobre nosotros. Esa zona es también el lugar de nuestras elecciones concretas, en cuanto inspiradas por el Espíritu y no por las pulsiones del hombre viejo. El crecimiento de nuestra vida en el Espíritu, que abarca no solo los espacios «sagrados», sino toda la vida, vendría señalado y confirmado por el ensanchamiento de esa zona ocupada. Su punto límite estaría en esa «imposible posibilidad humana» que solo se dio en Jesús: una identificación total de su Espíritu con el Espíritu de su Padre, Dios.

Desde un esquema así, y aun contando con todas sus limitaciones, se entienden mejor algunas afirmaciones neo-testamentarias que hablan de la acción de Dios en nosotros con vistas al discernimiento y a la elección: «Todos los que *son guiados* por el Espíritu de Dios son hijos de Dios...; un Espíritu que *nos hace exclamar*: “Abba, Padre”...; un Espíritu que *se une a nuestro espíritu* para dar testimonio de que somos hijos de Dios» (Rm 8,14-16)

Para percibir esa «guía de Dios» son necesarias determinadas actitudes espirituales y humanas sin las que ningún discernimiento evangélico es posible. San Pablo, por ejemplo, habla de estas dos: no acomodarse al mundo presente (Rm 12,1-2) y practicar un amor que esté siempre en continuo crecimiento, es decir, en permanente salida de sí (Flp 1,9-10). Y también de los frutos que acompañarán la presencia activa y operante del Espíritu Santo en nosotros: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza (Ga 5,22-23, etc.).

Así pues, si es cierto que «solo Dios habla bien de Dios», también lo es que se nos ha dado el Espíritu cuya misión es, en palabras de

Alfonso Álvarez Bolado, «hacer presente a Dios y contemporáneo nuestro a Jesucristo». Un maestro interior que unas veces susurra y otras grita lo que, según él, parece más conforme con el proyecto de Dios y con el modo de llevarlo a cabo.

4. Voluntad de Dios y realización humana: de la oposición a la sinergia

Digámoslo claramente: para el hombre moderno, incluido el creyente, el tema de la voluntad de Dios se ha vuelto problemático. Se ha agudizado tanto en nosotros el sentido de la individualidad, por un lado, y la sospecha de todo cuanto suene a intromisión externa en nuestra vida, por otro, que hablar de voluntad de Dios en este contexto se convierte en tema más bien espinoso. ¡Habría que aclarar antes tantos equívocos...!

En este último apartado querríamos abordar *las fuentes de tal dificultad* y también el modo cristiano de abordarlas. Nuestro propio ser de creyentes está implicado en ello, como también lo está nuestra misión cristiana, cuyo núcleo central es anunciar, ser testigos y crear signos de que la voluntad de Dios es siempre Buena Noticia para el hombre, no una amenaza contra el despliegue y florecimiento de su propia libertad.

4.1. La autonomía, mito por antonomasia de la cultura moderna. La primera dificultad con que tropieza el hombre actual (post-moderno o hiper-moderno: tanto da el nombre...) al plantearse el tema de la voluntad de Dios, es el mito de la autonomía radical del ser humano. Se trata, en efecto, de un auténtico *mito* en lo que tiene de «narración maravillosa situada fuera del tiempo histórico» (DRAE), es decir, de proyección utópica del deseo que nunca es ni será históricamente real.

Nunca nadie ha sido ni será radicalmente autónomo, es decir, absolutamente independiente de los demás en su ser, en su hacerse y en su actuar. Más verdadero y constatable resulta que somos seres antropológica, psicológica y personalmente culturales, lo que equivale a afirmar que sin los demás no podríamos ni existir ni llegar a ser personas humanas. Que *todo es gracia* se convierte así en una afirmación no solo teológica, sino también antropológica

Y con todo, siendo esto tan claro, ahí está el mito de la autonomía como la verdad más indiscutible del hombre actual. Una gran cartelera publicitaria lo expresaba así hace un par de años, puesto en boca de un actor famoso del momento: «Unos días soy ángel, otros demonio; pero lo importante es que siempre soy yo mismo».

He ahí un modelo del *hombre sin trabas*, que diría R. Musil; del ser humano auto-referenciado, que no debe nada a nadie y cuya única meta es ser él mismo. ¿Cómo es posible que, debiendo a los demás cosas que tanto amamos, como la vida, el amor, la amistad, la posibilidad misma de llegar a ser «humanos», etc., etc., podamos definirnos de espaldas a quienes lo han hecho posible?, se preguntaba admirado el filósofo canadiense Charles Taylor⁵. ¿Cómo, sin cometer un delito de alta traición también contra nosotros mismos?

Pero, con todo y con eso, existe en mucha gente, incluso creyente, una cierta sensación de que obediencia a Dios (a quien, por otra parte, se confiesa como autor amoroso de la vida) y autonomía personal no se llevan del todo bien entre sí...

4.2. Ni la obediencia a la ley ni el imperio de la subjetividad humana son «criterios fiables» del actuar humano. Menos aún del cristiano. Las leyes son necesarias, pero en absoluto podrían ser fuente última del obrar humano. San Pablo se refiere a la Ley como pedagoga, no más.

¡La Ley no, la autorrealización personal! Tal fue, en multitud de casos, la alternativa. El lugar ocupado anteriormente por la Ley pasó a ocuparlo otro ídolo: la subjetividad humana.

¿Por qué «ídolo»? A estas alturas de la vida, hacen falta muchas tragaderas para creer que la subjetividad humana pueda ser instancia última de nuestro proceder y que, por tanto, la sumisión a ella merezca la pena como alternativa a la obediencia a Dios. Como hemos experimentado una y mil veces, lo que llamamos «subjetividad humana» es un lugar de esencial ambigüedad al que no podemos conceder ese privilegio⁶.

5. Charles TAYLOR, *Ética de la autenticidad*, Paidós, Barcelona 1994, especialmente pp. 68-76.

6. A ese equívoco ha contribuido también la traducción falseada de un texto de San Agustín que a veces se cita así: «No vayas fuera, vuelve a ti mismo. En el interior del hombre habita la verdad». En realidad, San Agustín no dijo que *en el interior del hombre* habite la verdad, sino que *en el hombre interior* (in interiore homine) habita la verdad. Es decir, en aquellas personas que no viven de

4.3. *Solamente un Tú profundamente amado y admirado des-vela la verdad del yo y su vocación más profunda. Ésa es la razón (antropológica) de que seguir la voluntad de Dios no equivalga a alienación, sino a todo lo contrario.* Vuelven a la escena Martin Buber y los filósofos de corte más personalita. Es tanto como decir que vuelve a prestarse atención a la afirmación de que «solo un “tú” es capaz de descubrir verdaderamente quién soy “yo”».

Nadie existe desde un yo puro, incontaminado, silente. Vivimos siempre frente a un horizonte de sentido que nos es dado y ante el que se forja nuestra identidad. Ese algo o alguien ante quien existimos y nos hacemos humanos puede ser la ambición, el poder, el dinero; puede ser la búsqueda de la felicidad, la sabiduría o el placer; puede ser la honradez personal, la lucha por los derechos humanos, un ideal ético o político. Y puede ser también Jesucristo, una persona amada cuya belleza, verdad y bondad humanas brillan de tal manera que producen en nosotros una auténtica y dinamizadora «revelación»: mi ser llegará a sus propios máximos de verdad, belleza y bondad en la medida en que «reproduzca su imagen» (Rm 8,29).

Parece, por tanto que si lo anterior es inevitable, todo estriba en la calidad de ese tú, personal o cultural, frente al que vivimos y en el modo en que nos relacionamos con él. Existen todas las razones del mundo para temer que el encuentro con un tú perverso (individual o cultural) pueda pervertirnos también a nosotros; pero hay razones muy honradas para desear el encuentro con un tú como el de Cristo que descubra y active nuestro yo interior, nuestra libertad, en una dirección como la suya. Algo de eso quiso expresar sin duda San Pablo en aquella apasionada confesión suya: «Para mí, vivir es Cristo» (Flp 1,21).

* * *

En un primer momento de su largo epistolario, san Ignacio de Loyola finalizaba sus cartas diciendo: «De bondad pobre. Iñigo». No mucho después, cambiará este final por otro que, con ligeras variantes, mantendrá hasta el final de su vida: «Ceso rogando a Dios N.S que su santísima voluntad sintamos y aquella enteramente la cumplamos». Sentir primero, para discernir y cumplir después.

exterioridades, sino en comunión con el Espíritu Santo dentro de ellos, como su «maestro interior»: *De vera Religione*, XXXIX, 72.